

EL PASADO COMO PROBLEMA. ENTREVISTA CON SANTOS JULIÁ SOBRE LA HISTORIA DEL SOCIALISMO ESPAÑOL

Abdón Mateos



¿Cómo se desarrollaron tus primeros años de niñez y juventud?

Yo nací en Ferrol, en 1940, pero mi infancia y juventud es de Sevilla, donde mi familia se vio obligada a trasladarse seis años después y donde cursé el bachillerato, en el Instituto San Isidoro, y luego ingresé en el Seminario de San Telmo. De Sevilla son mis primeros y mejores amigos y de Sevilla me fui en dos ocasiones. La primera a París en septiembre de 1967. Don Ramón Carande me había recomendado que me presentara a Marcel Bataillon pero mis imborrables recuerdos de París están unidos a los largos ratos de charla con José Bergamín y

con Fernando Claudín, y con mi mejor amigo de Sevilla, Manuel Mallofret. En los años anteriores, desde que terminé mi licenciatura en Teología en Salamanca, había sido compañero de viaje del PCE. La gente de Comisiones Obreras se reunía en mi casa, en el Polígono Sur. Sabían que yo estaba a su disposición y cuando fui a París contacté con exiliados del PCE. Escribí dos artículos largos, uno sobre el diálogo entre marxismo y cristianismo y otro sobre la política de Pablo VI ante la guerra de Vietnam. Manuel Azcárate no los vio muy apropiados para la revista *Realidad* y se los pasé a Fernando Claudín que los publicó en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, después de que Bergamín dejara en el primer folio su *imprimatur*. Fueron mis dos primeros artículos, firmados con mi nombre y mis dos apellidos en 1968, poco antes de mayo. Volví Madrid y, años después, a principios de 1973, mis amigos de Sevilla me ofrecieron la dirección del Colegio Aljafare, pero muy pronto vi en el ABC una convocatoria de becas para Estados Unidos, administradas por la Comisión Fulbrighth, y presenté una solicitud. Recuerdo que me entrevistaron el mismo día en que ETA asesinó a Carrero Blanco: me concedieron la beca y dejé de nuevo Sevilla, rumbo esta vez a California. Eso fue en el verano de 1974.

En esos años publicaste tus primeros libros sobre la Revolución china y un manual marxistizante para una Escuela de Formación Profesional.

Bueno, un amigo jesuita de Sevilla, Manuel Bermudo, que había impulsado las Vanguardias Obreras, me encargó un manual para una Escuela de Formación Profesional con la que tenía alguna vinculación. Sabiendo que era aficionado a la Historia, me pidió unos apuntes de historia universal para los chavales, y al final decidieron publicarlos en un libro. El libro se vendió muchísimo, con varias ediciones que utilizaron diversos cursos para mayores. En algún momento, Ricardo de la Cierva atacó desde el diario *Ya* a los jesuitas por publicar libros marxistas como le parecía el mío. Entonces, el director de la editorial Mensajero, de Bilbao, me pidió explicaciones por el contenido del libro. Me pareció tan ridículo que se dejara caer años después con eso que, antes de dar las explicaciones exigidas, retiré mi autorización para que siguieran publicándolo.

Esas publicaciones eran como ganapanes, pues en esos tiempos vivía de traducciones, encuestas y trabajos diversos. Otro libro de encargo, para el Círculo de lectores, fue sobre la China de Mao, en el que contaba su evolución desde los orígenes del Partido Comunista hasta la revolución cultural. La censura obligó a sustituir el título *La China Popular* por *La China roja*, tachando todo lo relativo a la «larga marcha», quizá porque tenía un tono demasiado épico. Ahora lo veo y me parece mentira haberlo escrito, pero en fin, ahí está, gracias a otro amigo de Sevilla y de Salamanca, Daniel Romero.

¿Te había influido el 68 desde un punto de vista ideológico, en el sentido de ver al PCE como un partido revisionista?

No, no, a pesar del entusiasmo que levantó aquella explosión de palabra, yo seguí pensando que el PCE mantenía la política más adecuada a las circunstancias españolas. En los años sesenta en Sevilla, la relación entre comunistas y cristianos era bastante estrecha. Hacíamos en la práctica aquella política de «reconciliación nacional» que el PCE impulsaba desde 1956: fuimos demócratas antes de la democracia, como aquel que escribía en prosa sin saberlo. Nos reunía-

mos, nos veíamos, participábamos en las mismas iniciativas. Tuve muy buenos amigos comunistas y sabía perfectamente que eran militantes del PCE los que venían a mi casa para organizar las comisiones obreras, que aun se escribían muchas veces sin mayúscula. Ellos no lo ocultaban cuando venían a aquella casa —más bien casitas bajas, como eran conocidas, de una barriada de viviendas prefabricadas con planchas de uralita— y se quedaban un buen rato en la puerta, para que la policía tomara nota de su presencia y de que se reunían allí. Cuando fui a París lo primero que hice fue encaminar mis pasos a la Fundación de Investigaciones Marxistas donde se reunía el comité de redacción de la revista *Realidad*, que, si no recuerdo mal, estaba en la misma calle en que se rodaron algunas escenas de *El último tango en París*.

¿Cuál era tu proyecto de estudio entonces?

Mi primer proyecto fue para ir a Estados Unidos: un proyecto muy fantasioso sobre la persistencia de las estructuras en las sociedades posrevolucionarias, con el ánimo de hacer algo de sociología histórica. Intentaba aplicar, como Trotsky, categorías de la revolución francesa a lo que había pasado en Rusia, pero cuando llegué a Stanford y vi el fondo Bolloten, di libre curso a mi interés sobre lo sucedido en España, preguntándome por las razones de la derrota de la República. Ese fondo de prensa y folletos era algo imposible de encontrar entonces en España. Años después, iría a dar un curso en La Jolla, donde guardaban la colección Soutworth, que era más rica en folletos, sobre los años republicanos. La biblioteca de la Hoover Institution, de Stanford, fue muy importante para mí porque me empapé de lecturas sobre socialismo y comunismo desde la creación de la Internacional hasta los años de la Segunda Guerra Mundial. Me ayudó a situar lo que en principio, sin proponérmelo, fue creciendo como un estudio de *La izquierda del PSOE*, un análisis político, que fue mi primer trabajo de investigación. Luego, mi tesis doctoral, en cambio, fue un trabajo de his-

toria social sobre Madrid en los primeros años republicanos. La tesis es de 1981 pero el texto lo seguí trabajando hasta que publicarlo en 1984.

¿Tu formación como historiador fue autodidacta o tuviste maestros?

No, no tuve maestros. En los años de Stanford mantuve una excelente relación con Burnet Bolloten. Era muy cordial y generoso, y de un anticomunismo visceral, marcado por los primeros años de la guerra fría. Era un tipo estupendo, podíamos pasar horas charlando de la República y de la guerra civil. A la vuelta, hice la licenciatura de Sociología en la Universidad Complutense por libre, solo iba a examinarme, ya que tenía que ganarme la vida en diversos trabajos. Antes de salir a Estados Unidos y de la licenciatura, cursé una diplomatura de tres años en una efímera Escuela de Sociología de la Universidad de Madrid que luego me convalidaron algunos profesores por sus asignaturas en la Facultad.

Don Ramón, a quien sí he llamado maestro, fue para mí, sobre todo, un amigo mayor pero no un maestro en el sentido académico. Me hablaba de la Segunda República y de Manuel Azaña. Como yo le comentara mis lecturas de Marx, me invitaba a leer también a Max Weber. Recuerdo que compré de tapadillo las obras completas de Azaña por indicación suya poco después de que aparecieran en México. Fue para mí un auténtico descubrimiento. De todas formas, en los años sesenta, el principal objeto de búsqueda para los cristianos y los curas llamados comprometidos o «encarnados» en el mundo de los suburbios y de la clase obrera era el marxismo, que explicaba el presente de explotación iluminaba la marcha de la historia. Hubo un tiempo en que buscábamos a Marx como fuera. Primero, el libro del jesuita Yves Calvet, que había que leer hasta no sé qué página. Luego había que apañárselas para leer a Marx y ahí me tienes, haciéndome con los tres volúmenes de *El Capital* en la traducción de Roces.

No, no he tenido maestros en el sentido aca-

démico habitual, aunque en Madrid tuve ocasión de trabajar durante un año, el de 1971 si no recuerdo mal, con Carlos Moya, en un informe sobre la situación de la medicina en España. Con Moya, mi trato con Max Weber y con la Sociología adquirió nuevas perspectivas relacionadas con la burocracia, las señas de Leviatán y la famosa aristocracia financiera.

Volvamos a la egohistoria con tu libro La izquierda del PSOE

A la izquierda del PSOE llegué en parte de manera fortuita. Como te digo, me interesaban los movimientos revolucionarios a partir de la revolución rusa, la evolución de la socialdemocracia alemana, del comunismo ruso, y otros movimientos revolucionarios de la época. Pero al encontrarme con prensa y folletos del PSOE y del PCE en los años treinta me dediqué durante los dos años de Stanford a dar vueltas a las estrategias del proyecto largocaballerista en relación con otras corrientes de la izquierda socialista europea. Me encontré con una colección de *Claridad*, *El Socialista* o la revista *Comunismo del Bloque Obrero y Campesino* (BOC). Hoy no escribiría un libro sobre el PSOE circunscrito a dos años como ese, el bienio 1935-36, pero entonces yo no pensaba que algún día me dedicaría profesionalmente a la historia; mi interés se reducía a analizar las razones y desventuras de la política socialista.

Tengo la impresión de que la cuestión del alcance de la radicalización socialista era un tema que estaba en el ambiente de la historiografía de esos años.

Sí, es cierto, pero yo no me había enterado al estar fuera de España y fuera de los círculos de los historiadores. Cuando regresé a Madrid veo que acaban de aparecer los libros de Marta Bizcarrondo y de Andrés de Blas. Yo traía el esqueleto del libro sobre la radicalización del PSOE y lo completé con fondos en la hemeroteca de Madrid. Es un libro que tiene un argumento acerca de qué es eso de la izquierda del socialismo español. Mi interés se centraba en la

cuestión de por qué fracasan las revoluciones y, en este sentido, qué había dentro de esa corriente del PSOE y por qué no dio resultados sino, al contrario, condujo a un desastre.

En aquellos años la historia del socialismo y, en general, de las organizaciones del movimiento obrero era un tema estrella. ¿Cómo se produjo tu entrada en los círculos de los historiadores españoles?

Lo recuerdo bien, porque yo era un *outsider* que de manera casual residía en Oxford. Y también casualmente, me llamó Manuel Tuñón de Lara para encargarme una ponencia en el X Encuentro de Pau de historiadores españoles. El encuentro, que sería el último de Pau, se dedicaba a levantar un estado de la cuestión sobre la historiografía de la España contemporánea y Tuñón me pidió que me ocupara de la Segunda República, porque alguien le había fallado. Era el curso 1978-1979 y yo disfrutaba en Oxford de una beca del banco Urquijo, que me había conseguido don Ramón Carande. Estaba en el St. Antony's College, dirigido por Raymond Carr, y con Juan Pablo Fusi, responsable del Iberian Center. Coincidió en Oxford con un magnífico plantel de investigadores de historia económica, como Antonio Gómez Mendoza, y Leandro Prados de la Escosura, y de economía, como Fernando Maravall. Mi relación con Carr fue estupenda; él me sugirió investigar sobre la Iglesia católica en vez de la lucha de clases en Madrid, pero yo, de la Iglesia me sentía ahora ajeno por completo, y en esos momentos estaba muy en boga la historia urbana: Stedman Jones y su *Outcast London*, o Joan Scott y sus *Verriers de Carmaux*. En la Bodleian Library, que recuerdo como un paraíso, tuve ocasión de leer los informes sobre la llegada de las máquinas y las grandes fábricas a las ciudades inglesas. Fue un año magnífico, la verdad, que me puso en contacto a la vez con Carr y con Tuñón: no se puede pensar mejores compañías para entrar en lo que llamas círculos de historiadores españoles.

Sin embargo, siempre has estado muy interesado por la sociología histórica, que está emparentada

con la historia comparada a pesar de la dificultad de la misma por los contextos y por el necesario dominio de varias historias nacionales.

Siempre he llegado a mis temas españoles a partir de lecturas sobre temas extranjeros, aunque nunca he escrito historia comparada. La historia comparada tiene interés, pero yo no he ido por ese camino. Traduje dos libros de sociología histórica, de Perry Anderson, sobre las diversas genealogías del estado absolutista y sobre las transiciones de la antigüedad al feudalismo y disfruté mucho de esas grandes construcciones. Lo que pasa es que, a mi, una vez que me hago con el marco y entiendo el gran proceso, lo que me interesa es el detalle del caso, que me parece lo propio de la mirada del historiador. Si previamente, o al mismo tiempo, vas estudiando lo que ha ocurrido en otros lugares, al final lo que ocurre es que tu mirada sobre el caso se enriquece porque añades nuevos recursos para tu interpretación.

Si, por ejemplo, has trabajado sobre la socialdemocracia alemana, que era tan fuerte, casi un Estado dentro del Estado, y ves cómo sucumbe ante el avance del nazismo sin ser capaz de reaccionar... Ese estudio te arma la cabeza para entender qué ha pasado en otro lugar. Y eso mismo me ha vuelto a pasar con mis trabajos sobre intelectuales. Antes de escribir sobre las *Historias de las dos Españas*, que es una historia de los intelectuales en España, de sus sucesivas generaciones, me leí una enorme cantidad de literatura sobre intelectuales en Francia, en Alemania, en Rusia, que en el libro no aparecen pero que son como el sustrato sobre el que he montado mi propia interpretación.

Ésta sería tu cuarta gran línea de investigación, después de la historia del socialismo español, la historia de Madrid y la biografía de Azaña.

Sí, cuatro líneas que han coexistido en el tiempo, ya que sobre Madrid escribí otro libro con David Ringrose y Cristina Segura, Madrid. *Historia de una capital*, que aun sigue vivo, y a Manuel Azaña volví con la edición de sus obras

completa y una biografía que lo acompaña de la cuna a la tumba.

Unas líneas de investigación que, por otro lado, siempre has dejado abiertas, con una promesa de continuarlas. Eso es lo que has hecho con la biografía de Azaña o la historia de los socialistas españoles hasta 1982. En el caso de las organizaciones socialistas después del libro sobre la izquierda del PSOE, hiciste un largo estudio preliminar a los escritos de Largo Caballero, un libro de síntesis sobre los socialistas durante los años treinta y, finalmente, en 1997 el libro *Los socialistas en la política española*.

En este último, dejas abierta la posibilidad de estudiar la época socialista de Felipe González, algo que en efecto habías realizado en numerosos artículos en El País a lo largo de los años noventa con un juicio muy crítico. Por lo que conozco, te habías aproximado al PSOE tras el golpe de Estado de febrero de 1981, con un grupo de intelectuales del entorno de la revista «En Teoría».

Me acerqué, pero no me llegué a afiliar. Eso fue una especie de decisión colectiva del grupo de la revista *Zona Abierta*, que animaban Ludolfo Paramio y Jorge Martínez Reverte, dos tipos sin igual. Creo que en el grupo de solicitantes también estaban Joaquín Arango y Mercedes Cabrera, y no sé si Julio Carabaña, es decir, que me encontré en muy buena compañía. El golpe de Tejero nos convenció de la necesidad de entrar en un partido, y lo más cercano de todos era el socialista. Así que decidimos incorporarnos al PSOE y salió en *El País* una nota en la que aparecían nuestros nombres; pero el tiempo pasó y yo no formalicé la inscripción.

Era un grupo de diez intelectuales con un tapado, que no sé si sería Fernando Claudín, aunque por razones históricas me extrañaría.

No creo que Claudín solicitara nunca la afiliación. Enseguida fue director de la Fundación Pablo Iglesias y gracias a Fernando se organizaron tres ciclos sobre historia del socialismo en España, que yo coordiné, pero nunca llegué a

recoger el carné del PSOE. Me pasó como con el PCE a la vuelta de Stanford, cuando me incorporé a una célula del partido comunista y al final no llegué a confirmar mi afiliación.

¿Teníais alguna pretensión de ejercer un debate teórico en el seno del PSOE? Recuerdo que en 1984 publicaste, junto a Ludolfo Paramio, un balance de los dos primeros años de gobierno socialista en la revista Leviatán. Sin embargo, tu paso por la administración socialista como director general duró solo unos meses de 1991, tras la dimisión de Alfonso Guerra de la Vicepresidencia.

Mi capacidad de militancia quedó agotada tras mi paso por la Iglesia. Cuando salí de ella, ya no pude creer en nada con parecida intensidad. Como decía aquel a quien trataban de convertir a alguna confesión protestante: Hombre, si no creo en la Iglesia verdadera ¿cómo voy a crear en la falsa? Y de mi fugaz paso por la administración socialista, fui director general del Libro durante un periodo brevísimo, creo que tengo el record. Jorge Semprún me llamó a mitad de febrero de 1991 y dimití a finales de marzo al ser nombrado Jordi Solé Tura. No tenía ninguna diferencia con el nuevo ministro, pero solamente había aceptado el cargo por la extraordinaria circunstancia en la que Semprún me lo propuso, cuando le quedaba muy poco tiempo —o eso creía yo, y así se lo dije— para su salida del Ministerio. Estuve unas semanas más, a la espera de mi sustitución, hasta que un día apareció mi nombramiento como director también de la Biblioteca Nacional; sorprendido por una iniciativa tomada sin previa comunicación (solo porque era necesario que alguien firmara los pagos debidos a los servicios de limpieza, que el interventor se negaba a autorizar) ese mismo día anuncié en la prensa que el nuevo ministro tenía desde su llegada mi dimisión como director general encima de la mesa.

En cualquier caso, son años en los que estás muy cercano a las fundaciones socialistas, en especial, con la Fundación Pablo Iglesias, en la organización de seminarios y publicaciones.

En realidad, todo fue por amistad, pero nunca tuve una relación institucional con ninguna fundación de ningún partido. Fue por amistad con Fernando Claudín por lo que organicé, con la impagable colaboración de Duca Aranguren, esos tres seminarios sobre la historia del socialismo español y los dos sobre la Europa del siglo XX, junto a Mercedes Cabrera y Pablo Martín Aceña. También por los primeros ochenta, Ludolfo Paramio me propuso formar parte del consejo editorial de *Zona Abierta* cuando se refundió con la revista *En Teoría*.

¿Hasta qué punto crees que el estudio del PSOE en el poder después de 1982 requiere un cambio de enfoque, en el sentido que hay que analizar las relaciones entre partido, grupo parlamentario y gobierno?

Después del 82, ya no es sólo la historia de un partido que ha tenido una relación con el poder del gobierno muy limitada a los años de la República y la guerra. En 1982 es un partido con mayoría absoluta y una historia del partido exigiría estudiar sus políticas desde el poder. Por eso el libro *Los socialistas en la política española* lo dejé en 1982, momento hasta el que se podía reconstruir con suficiente perspectiva la línea que va del exilio al gobierno. Escribí una especie de epílogo que quería ser una síntesis de los años de gobierno hasta 1996, pero al final lo dejé fuera, a la espera de que se apaciguaran las emociones del momento. Ahora no descarto completar la historia, si el tiempo me es propicio.

Caracterizas el proceso interno del PSOE en los años setenta como una refundación que la Academia define como «Acción y efecto de transformar radicalmente los principios de una institución», mientras que yo lo caracterizo como una renovación político-ideológica, unida a una reestructuración organizativa, en la que no hay ruptura con el exilio. Además focalizas tu atención en lo ocurrido en el partido, sin tener en cuenta lo que ocurre con las Juventudes o la UGT, cuya renovación arranca desde el mismo exilio, sobre todo de la segunda generación

compuesta por hijos de refugiados del 39, huidos de la primera clandestinidad y emigrantes.

Efectivamente, se trata del mismo partido, refundado a partir de Suresnes: se refunda lo que existe para adaptarlo a circunstancias completamente distintas, a una nueva situación. Refundar no es romper la organización, ni optar por la salida para crear una nueva. El acierto del grupo de Felipe González, a diferencia de Tierno y de los grupos que pululaban por el interior, consistió en dar la batalla dentro del mismo partido, convencidos de que la memoria histórica jugaría a su favor. Creyeron que las siglas y la organización poseían un alto valor histórico y de futuro, y se dijeron: nos hacemos con la dirección y la traemos a España. Y, a diferencia del PCE, que mantuvo su vieja dirección del exilio, acertaron.

Sí, yo caracterizo la evolución durante los años setenta con el PSOE como un proceso de transición que arranca desde la segunda generación del exilio con las Juventudes Socialistas y la UGT para culminar en 1979. En 1979 y 1984 se harán modificaciones en el modelo de partido centralizado con la representación indirecta de las agrupaciones de la base, la aceptación de las corrientes de opinión y las incompatibilidades entre la dirección del partido y la acción de gobierno.

Yo no veo tal proceso de transición; lo que veo es una conquista de la dirección para, desde ella, adaptar el discurso y la práctica política a la situación del interior, de la que el exilio llevaba cerca de cuarenta años cortado: la militancia es nueva y se modifica la organización, además del discurso. Años después, la incompatibilidad entre ser del Gobierno y de la Ejecutiva es algo que propone Alfonso Guerra, pero que no afecta ni al presidente ni al vicepresidente, solo a los ministros: un primer paso en la escisión en la cima que se consumará desde 1991. En parte, no seguí estudiando lo posterior a 1982 porque en los años noventa no estaban catalogadas ni disponibles las fuentes. En la Fundación no había apenas nada y del partido me dijeron que estaba todo amontonado en un almacén. Es un

libro que hoy, quince años después, necesitaría una actualización, porque han aparecido muchas cosas sobre la represión, el exilio o los años de la Segunda República y la guerra.

Se puede decir que has sido uno de los primeros reivindicadores de la figura de Negrín, con un artículo publicado en El País en 1992, «La doble derrota de Juan Negrín». Ahora, en cambio, se ha producido una explosión de rescatadores de su presunto olvido, en la que has guardado un cierto silencio

Bueno, lo escribí con ocasión del centenario de su nacimiento para explicar el doble motivo de la mala fama que rodeó a su figura: último resistente, derrotado también por los suyos: por eso hablé de una doble derrota. Pero ya mucho antes Gabriel Jackson había ofrecido de él una imagen muy equilibrada. Luego han aparecido las buenas monografías de Ricardo Miralles y Enrique Moradiellos. Sin contar la tetralogía de Ángel Viñas, que se detiene minuciosamente en la gestión del presidente del gobierno, basada en documentación original. Por mi parte, he vuelto a Negrín en mi biografía sobre Azaña, en la que me detengo en la relación entre los dos presidentes. Son dos personalidades muy distintas. La estrategia de Negrín fracasó en un punto central: su convicción de que una batalla decisiva podría cambiar el curso de la guerra civil, al modo en que durante la Gran Guerra lo creyeron los estrategas militares, franceses y alemanes. Y Azaña falló en otro: su expectativa en una intervención extranjera, ya que creía que Inglaterra y, sobre todo, Francia, por su propio interés, no dejarían caer a la República española. Creo que el biógrafo, por mucha empatía que tenga con su personaje, no debe renunciar a realizar un análisis crítico: esa renuncia a la crítica carece de sentido en un historiador. El historiador no defiende una causa al escribir una biografía, trata únicamente de hacer comprensibles su personaje y las decisiones que toma.

¿Qué opinas de la caracterización de Fernando del Rey sobre el PSOE en los años de la República

como un partido con una visión patrimonialista del nuevo régimen? En el socialismo español hay una tradición insurreccional debido a los límites democráticos de la monarquía liberal. Prieto todavía lo está diciendo en 1930: es imposible llegar al poder por una vía meramente electoral, debido a las resistencias del sistema de poder de la monarquía.

No es que los socialistas pensaran que la República fuera suya. Creo que cuando salen del gobierno los socialistas –PSOE y UGT– creen que la Segunda República está acabada, que la etapa republicana ha dado de sí todo lo que de ella podía esperarse. Para los socialistas, la República era una etapa del camino hacia el socialismo en la que debían colaborar con los republicanos de izquierda; con lo que entendieron como expulsión del gobierno en la crisis de septiembre de 1933 quedaba cumplida esa fase. Al darla por cerrada, el único horizonte era para muchos de ellos continuar la marcha al socialismo. Y ahí es cuando recuperan la vieja idea de que para llegar al socialismo hay que conquistar en solitario el poder. El proyecto de la izquierda del partido, de los seguidores de Largo Caballero, cobra entonces nuevos vuelos. La izquierda está convencida de que van a ganar las elecciones y si las elecciones no llevan al gobierno, entonces habría que ir a la lucha por todos los medios.

¿Cómo se produjo tu vinculación académica con la Universidad Nacional de Educación a Distancia?

Gracias a Carlos Moya y a Mari Carmen Ruiz de Elvira, que me llamaron en 1979 para ocupar una ayudantía vacante en el ICE. Luego, cuando se creó la Facultad, del área de Sociología, en la que me «idoneicé», pasé al área de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, porque aquí no había nadie para ocuparse de las asignaturas del área. Y en el área y el departamento que bautizamos como de Historia Social y del Pensamiento Político me he quedado hasta la jubilación, y aquí sigo de emérito, muy a gusto, la verdad.

Otra de las facetas de tu trayectoria como historiador ha sido la dirección de tesis, la promoción de libros colectivos y la realización de seminarios sobre la historia contemporánea de España.

La mayoría de los doctorandos han llegado con su tema definido y, en algunos casos –no siempre, porque hay otros que exigen un minucioso trabajo de lectura– la dirección de tesis ha resultado un ejercicio muy grato. Desde hace más de veinte años, con José Álvarez Junco, mantenemos un seminario de historia, con sesiones regulares en la Fundación Ortega y Gasset. Más que discípulos o ayudantes de investigación, lo que nos interesa al grupo de profesores que nos reunimos es el debate, la discusión a fondo de los trabajos que se presentan. En mi opinión, el trabajo del historiador es como el de un artesano, aunque Febvre creía que esa figura estaba ya a punto de desaparecer. Se debate en grupo, pero se investiga individualmente, sin contacto físico con las fuentes no hay escritura de historia que valga.

Para terminar, se puede decir que has sido muy crítico con el uso político de la guerra y del franquismo desde la llegada del Partido Popular al poder en 1996. Quizá se podría observar un giro conmemorativo desde el final de los años ochenta, con Semprún en el Ministerio de Cultura, pues no en vano había sufrido el drama de la guerra y el exilio. Además, es el momento del cincuentenario del final de la guerra y de la muerte de alguno de los principales protagonistas como Azaña, Besteiro o Companys.

Mis recuerdos son que desde los años de la Transición, la guerra y la dictadura han sido temas de debate público recurrente, como prueban las miles de publicaciones de todo tipo que se han ocupado de ellas, los cientos de coloquios y congresos que se han organizado, las películas, las novelas, las exposiciones, las series documentales de televisión, todo eso antes de que Semprún llegara al Ministerio. Creo, y he tratado de documentarlo, que fue una memoria de la guerra, compartida por hijos de los vence-

dores y de los vencidos, y no la amnesia, lo que condujo a la amnistía. En los años ochenta y noventa nunca se dejó de debatir sobre el pasado, con ocasión o no de los sucesivos aniversarios: proclamación de la República, revolución de octubre, inicio de la guerra, fin de la guerra. Sin embargo, hay algo nuevo en torno a 2000, que es la cuestión de las fosas. Aunque algo había aparecido ya en los años de la transición, no existía entonces la misma posibilidad de realizar exhumaciones y de verificar pruebas de identificación. Pero a partir de 2005, creo que ha sido una mala opción política subvencionar a asociaciones privadas e incluso a particulares para que realizaran los trabajos de exhumación y digno enterramiento de las víctimas. Una vez comprobada la magnitud de la tarea, el Estado debía haber asumido desde el primer momento la exhumación de las fosas de las víctimas de la represión franquista, con sus propios recursos y dedicando a la tarea los funcionarios que fuera menester. Y he defendido también que están en su derecho tanto las familias que opten por convertir el lugar del crimen en un lugar de memoria como los que demandan exhumar los restos y trasladarlos a los cementerios.